

Hace casi 350 años Joan Blaeu, sin alejarse más de unas pocas millas de su casa de Amsterdam, escaló montañas infranqueables, cruzó mares, vadeó ríos, atravesó el ancho mundo sin provisiones, viajó de Este a Oeste y de Norte a Sur disfrutando de espectaculares vistas y de emociones conmovedoras, sin padecer ni calor ni frío, ni hambre ni sed. Este holandés poco errante creía que cuando no se dispone de tiempo o de dinero, pero sí de una lupa, un mapa pone ante nuestros ojos lo lejano. Como cierto personaje de Borges, quiso replicar el mundo y, en 1662, dio a la imprenta el *Atlas Maior*, el libro más prodigioso y caro del siglo XVII. La editorial Taschen publica ahora un facsímil de la edición de 1665.

En 1662 París era la ciudad más grande de Europa, después de Constantinopla, y ya poseía una flota de transporte público para dar servicio a sus 300.000 habitantes. Pero barrios hoy céntricos como Saint-Germain-des-Prés, Montmartre, Chailot o Grenelle eran pueblos distantes de la capital, al igual que otros como Clichy, Auteil o Vincennes. Faltaban 100 años para que el capitán Cook descubriera Australia y 40 para que el zar Pedro I el Grande pusiera, sobre el fango, la primera piedra de San Petersburgo. Madrid, aunque contaba con 30.000 habitantes, era un poblachón más pequeño que la ciudad de Alcalá de Henares.

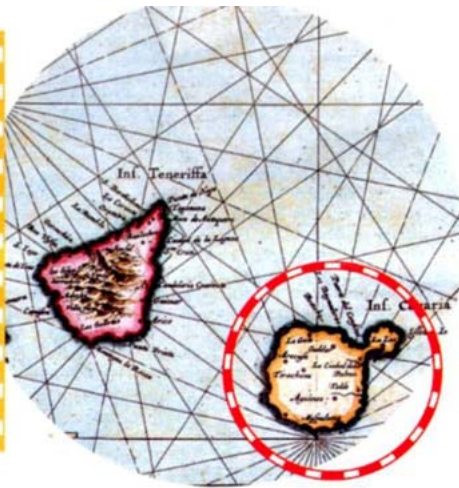
Seseña, a los pies del castillo de Puñoenrostro, contaba con sólo 68 vecinos, era tierra llana, templada y carente de leña, pero tenía varios poceros y grandes cotos de caza y pesca. Ciempozuelos, con apenas un puñado de casas en el camino de Toledo a Alcalá de Henares, sufría el malestar de los vecinos, que debían pagar 13 reales y medio por cada fanega de tierra regada por la acequia nueva. Telde ya figuraba en el mapa de Gran Canaria y Marbella era algo más que una aldehuela que vivía de las sardinas. El geógrafo Al-Idrisi la había descrito en el siglo XII como "bien habitada" y hablaba de 3.000 habitantes, la mitad de los que debía de tener en 1662. El reino de Aragón, por el contrario, era un desierto humano, según Blaeu solo tenía 70 lugares habitados, "rodeados de murallas, pocos tienen más de 500 hogares, excepto sus siete ciudades".

Valencia no exportaba naranjas, sino "terciopelos y otros paños de seda de casi todos los colores". Zahara de los Atunes era mayor que Getafe; Vigo, más pequeño que Bayona (Pontevedra) y Villalpando (Zamora), más importante que Nueva York, que aún no se llamaba así, sino Nueva Amsterdam y era un asentamiento holandés de 300 almas, rodeado de indios mohicanos, iroqueses y manhattoes acampados a orillas de un océano que aún no se denominaba Atlántico, sino Occidental.

Tokio se llamaba Edo, que significa estuario, y acababa de sufrir un incendio devastador en el que murieron cerca de 100.000 personas. Las mismas, muerto

GRAN CANARIA

La reproducción de la isla de Gran Canaria no dista mucho de su realidad actual. En 1662, los nombres de los principales municipios ya aparecen impresos. Está la ciudad de Las Palmas, Maspalomas ocupa el punto sur de este pedazo de tierra en mitad del Atlántico y el municipio de Telde, hoy tristemente famoso por los casos de corrupción urbanística, también se incluyó.



más muerto menos, que tres años después se cobró la peste en Londres. Los supervivientes sufrieron a los pocos meses la mayor de las calamidades: un incendio que duró cuatro días y destruyó 13.200 casas, el 80% de la ciudad. De sus cenizas surgieron los barrios burgueses de Marylebone, Chelsea, Greenwich y Kensington.

La isla de Formosa pertenecía al pirata chino Koxinga, Portugal había cedido Bombay a Inglaterra como dote de Catalina de Braganza en su boda con Carlos II, que vendió Dunkerque a Francia por 400.000 libras. El interior de África estaba a medio explorar y su topografía aparecía velada por la leyenda del imperio cristiano del Preste Juan.

Todas estas cosas, y muchas más de los cuatro rincones del mundo, las sabía Joan Blaeu sin salir de sus canales, porque pensaba que "como en casa de uno, en sitio alguno". Había vivido entre mapamundis y planchas de cobre, porque su padre, Willem Blaeu, era cartógrafo e impresor. Él le contagió la fascinación de un oficio que juntaba el exotismo y las matemáticas con la poesía que evocaba una jerga engastada de bellas palabras como *stella maris*, azimut, ballestilla, cruz del sur, alidada de pínulas, azafea o almicantárada.

Negocio familiar.

Cuando quedó huérfano dejó sus estudios de leyes en la Universidad de Leyden y, con su hermano Cornelius, continuó el negocio familiar. Trabajó para la Compañía de las Indias Orientales y publicó su primer atlas, que llamó *Teatro de las ciudades*. Poca cosa para alcanzar al más aventajado de sus competidores, Johannes Janssonius, yerno del gran Jodocus Hondius *El Viejo*, que había cosechado un éxito fulgurante editando el atlas de Gerhard Kremer, *Mercator*. Vanamente intentó superarlo Willem Blaeu. Una generación después, la rivalidad de ambas familias por hacerse con el monopolio de mapas, portulanos y planisferios se convirtió en lucha sin cuartel y conoció episodios épicos. Era una carrera de locos por incorporar más y más mapas a las colecciones, la cantidad primaba sobre

la calidad y en busca del atlas definitivo valía todo: el robo, el plagio y cualquier otra artimaña. Había que mejorar el gran *best seller* de la cartografía durante medio siglo, el imponente *Mercator*.

El desafío había empezado en 1638, año de la muerte de Willem Blaeu. Johannes Janssonius (JJ) y Joan Blaeu (JB) quedaron frente a frente como gladiadores continuando la vieja contienda de sus antepasados. Fue un duelo sin piedad y sin tregua que sólo terminaría con la muerte del primero. Cuando Blaeu incorpora China a su atlas, Janssonius replica con 10 nuevos mapas del Viejo Mundo. Hubo que dejar la partida en tablas, de momento. Tras 20 años de escaramuzas, tanto uno como otro tienen listo un nuevo atlas de seis partes, el de Blaeu incorpora 430 mapas; el de Janssonius, 445. Pero el >>>



MARBELLA EXISTE

Quienes piensen que municipios de la actual Costa del Sol como Marbella, Fuengirola o Estepona surgieron a partir del "boom" turístico de los años 60, se llevarán una tremenda desilusión al comprobar este detalle del atlas. En 1662, se calculaba, por ejemplo, que Marbella acogía a unas 6.000 personas. Por aquel entonces, Gibraltar aún pertenecía a la corona española.

de Blaeu era más equilibrado. El frenesí de la cantidad era simple oportunismo, ganas de epatar a unos clientes más interesados en los mapas como objetos decorativos que como documentos científicos.

Pero ni uno ni otro habían medido en su vida un solo palmo de tierra, ninguno había viajado más allá de los confines de los polders, no eran navegantes, ni exploradores, ni geodestas; pero esperaban en el puerto a estos fatigadores de distancias. Arribaban con sus apuntes como con un tesoro, traían dibujos y testimonios que abarcaban desde el Sacrum Promontorium (Portugal) hasta la isla Trapobana (Sri Lanka) pasando por la Última Thule (en el Cir-

culo Polar Ártico). Los empresarios a la greña entraban en pujas desquiciadas para comprar sus manuscritos, sus diarios, sus cartas de marear; contactaban con eruditos de toda Europa y contrataban correspondientes; compraban recopilaciones al escocés Timothy Pont, al italiano Giovanni Antonio Magini y a *tutti quanti*.

Sobre todo, saqueaban los atlas anteriores de Ortelius (cartógrafo de Felipe II) y Mercator (colaborador de Carlos V). También fusilaban a los antiguos (Hecateo, Aristarco, Euxodo, Estrabón o Plinio) y a los modernos (Paolo dal Pozzo Toscanelli o Martin Behaim). Aquel par de escualos en los mares procelosos de la industria

cartográfica sólo eran enanos subidos a los hombros de los gigantes. Virtuosos del plagio, el filibusterismo y el saqueo, JJ y JB eran pícaros impunes; porque ni existían los derechos de autor ni los privilegios ofrecían protección suficiente.

En 1658 Johannes Janssonius estremeció a Joan Blaeu con un nuevo golpe de mano, puso en el mercado su *Novus Atlas absolutissimus*. No era coherente, ni cohesionado pero, además de incorporar más de 500 mapas, incluía descripciones de países, océanos, ciudades y cielos. Blaeu envió con un órdago insuperable, se encomendó a la memoria de su padre muerto, puso en zafarrancho de combate a sus pro-

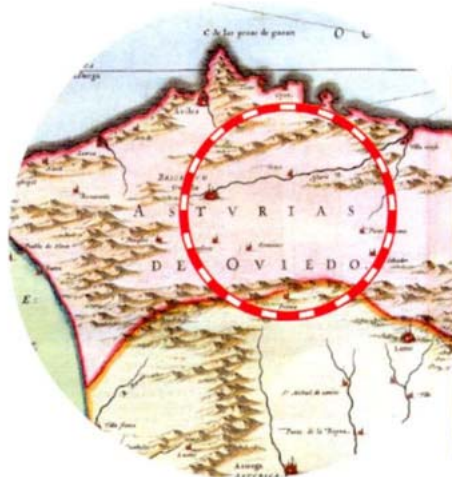
veedores, contrató a un centenar de tipógrafos, grabadores, encuadernadores y a una legión de niños y mujeres para colorear las páginas; hizo funcionar durante jornadas de 10 horas diarias sus nueve prensas para libros y sus seis para planchas de cobre, en la que era entonces la imprenta más grande del mundo, y cuatro años después tuvo en sus manos el primer ejemplar de la edición latina del libro más grandioso publicado hasta entonces, el *Atlas Maior*, una hazaña colosal, una apoteosis de 600 mapas.

Durante 100 años sería el atlas definitivo, como antes lo había sido el *Mercator*. En una década imprimió casi cinco >>>



CÁDIZ ERA UNA ISLA

Uno de los valores añadidos de la reedición de esta fastuosa obra es poder comprobar la transformación que han vivido ciertos lugares a medida que pasaban los siglos. Cádiz puede ser un buen ejemplo de ello. En el siglo XVII era una isla. Hoy, después de años de drenaje de las marismas, ha quedado unida al continente en forma de península.



REINO DE ASTURIAS

La distribución administrativa de España en 1662 poco tiene que ver con el sistema de Autonomías vigente. Mientras territorios como Asturias si que aparecen diferenciados del resto de regiones, otras, como el País Vasco, la actual Cantabria o La Rioja, por poner algunos ejemplos, formaban parte de Castilla La Vieja.

millones y medio de páginas de texto. Cada cajista empleaba ocho horas en componer una página, cada imprenta producía 50 páginas de texto por hora y 10 páginas de mapas.

Luego había que colorearlos a mano uno por uno, porque hasta la invención de la litografía, en 1800, no fue posible la impresión en color. Un ejemplar en español costaba entonces 460 florines; sin colorear, 390. Lo que equivaldría a unos 20.000 euros actuales. Tras el éxito orbicular de Blaeu, Janssonius abandonó la partida y, acaso vencido por el acre sabor de la derrota, dos años después exhaló su último suspiro.

Joan Blaeu lo sobreviviría apenas una década. En 1672 un incendio arrasó su imprenta principal en Gravenstraat, las llamas no sólo devoraron miles de pliegos de papel y de mapas impresos, sino que fundieron numerosas planchas de cobre. Las pérdidas dejaron maltrecha la salud del impresor, pero las penas nunca viene solas, se arraciman como las villas en un mapa, y Joan Blaeu cayó en desgracia ese mismo año con el advenimiento del nuevo régimen de Guillermo III de Orange.

Declive empresarial. Poco después el impresor rendía la vida. Su hijo Joan Blaeu II, de 22 años, heredó unas mil planchas de cobre y un mercado en declive, porque París estaba tomando el relevo en el negocio de replicar el mundo en un papel. Ya no quedaban muchos coleccionistas entusiastas. El más aplicado era el abogado Laurens Van der Hem quien, sobre la base del *Atlas Maior*, había reunido un tesoro de 3.000 mapas que hizo encuadernar en 46 partes. Con el tiempo lo adquiriría Eugenio de Saboya. Este príncipe era un general sagaz y temerario, sabía que si Julio César triunfó donde había fracasado Craso en su guerra contra los partos fue porque aquél estudiaba la topografía del suelo antes de presentar batalla. Por eso Eugenio de Saboya temblaba de emoción ante un mapa y por eso compró, en 1730, la colección de Van der Hem. Ahora es una de las joyas de la Biblioteca Nacional de Austria en Viena y en 2004 la Unesco la incluyó en el programa *Memoria del Mundo*.

De la primera versión del *Atlas Maior* se tiraron, en cuatro ediciones, unos 1.300 ejemplares. Según una en-



El precio de un ejemplar del atlas en español y en color costaba en el momento de su edición el equivalente a 20.000 euros actuales

EL IMPRESOR.

La reedición del "Atlas Maior" incluye también un retrato de quien se empeñó en que el libro viera la luz. Joan Blaeu.

cuesta de 1993, entre 2.500 bibliotecas, se conservan 129 ejemplares de la edición latina, 84 de la francesa, 59 de la holandesa y 45 de la española. En tres siglos y medio, los incendios, las inundaciones, las guerras y la incuria del tiempo han destruido o extraviado casi 1.000 ejemplares. Los que quedan, *rara avis* en la jerga de los bibliófilos, son joyas codiciadas por los anticuarios.

El facsímil de Taschen, de 7,5 kilos de peso, (en español, italiano y portugués) corresponde a una edición de 1665. Los textos, sin embargo, son una miscelánea que mezcla descripciones originales con

referencias de autores posteriores.

La cartografía de España no incorpora mapas específicos de Cantabria, País Vasco, Extremadura o La Rioja, que se incluyen en Asturias y Castilla. Joan Blaeu cuenta que "los castellanos, en comparación con los españoles, tienen buen color, son amables, buenos y de buena conversación. Incluso las mujeres son muy robustas y trabajadoras, y en absoluto masculinas". También informa al lector que "el rey de España obtiene de Sevilla un millón y medio en oro cada año, principalmente gracias a los impuestos".

Pero más que este enciclopedismo cándido, al empresario Blaeu le obsesionó el empeño imposible de trasladar la esfericidad de la Tierra a una graticula plana de meridianos y paralelos. A medida que envejecía, experimentaba la melancolía de comprobar que a sus planisferios, tan primorosos, les estaba vedada la exacta fidelidad a la forma, la distancia y la angularidad. Producía fragmentos transportables del mundo y, consciente de la imposibilidad de reflejar con exactitud las anfractuosidades del planeta, su objeto de deseo, se abandonó a la molición de la cantidad. El tamaño de su esfuerzo, sólo comparable al del titán Atlas cargando el planeta sobre sus hombros, no fue superado en 100 años. Lo lograron los cartógrafos franceses del Siglo de las Luces. Pero ésa es otra historia. ■



El "Atlas Maior", de Joan Blaeu está editado por Taschen; cuesta 150 euros.